

HÁBITO NÚMERO TRECE

NO HAY QUE PERDER DE VISTA LA PERSPECTIVA GENERAL

“... fue predicado a los gentiles, creído en el mundo,” 1 Timoteo 3:16

Uno de los mayores actos de deferencia que puede tener un gran maestro artesano es invitar al jornalero o al aprendiz a colaborar con él en la producción de una obra de arte. Los niños pequeños, según van creciendo, suelen pedir con insistencia que se les deje “ayudar”. Los adultos también solemos experimentar una gran satisfacción cuando se nos pide que cooperemos en un proyecto importante. Por su parte, Dios tiene en mente el maravilloso proyecto de reunir junto a sí a un gran grupo de personas, a las que Él ama con amor infinito, para tener con ellas una relación plena de significado, y para toda la eternidad. Y lo más maravilloso de ese plan es que tú y yo también estamos invitados; pero no sólo para estar presentes, sino para colaborar activamente con Él en la tarea de ir reuniendo a todos cuantos acepten esa invitación. No hay llamamiento más importante o privilegio más elevado que poder ser colaboradores de Dios, trabajando para llevar a efecto Sus designios. Toda criatura humana ha sido creada para amar a su Hacedor y disfrutar eternamente de una relación íntima con Él. Sin embargo, muchas de esas criaturas no son conscientes de ello. Los que, por Su gracia, estamos ya disfrutando de ese privilegio, tenemos ahora la oportunidad de contribuir en un proyecto de sumo interés para Dios.

Dios está presente y activo en todo el mundo. No hay lugar alguno en el planeta en el que Él no esté obrando. Y por ello no cesa de invitar en todas partes a colaborar en ese magno proyecto final de juntar a una gran Iglesia mundial que dé cabida a toda alma salvada, reuniéndolas en iglesias locales, como parte de una gran familia sin fronteras. Las oportunidades y los retos a los que tiene que responder la presente generación no tienen precedente, superando incluso los de generaciones anteriores. Los días de la juventud pujante pronto pasan. Pero la plenitud de la madurez nos puede llevar felizmente a ampliar nuestro horizonte, estimulando el gusto por la aventura de lo todavía desconocido, dispuestos, pese a los años, a seguir creciendo y siendo de utilidad hasta cuando el Señor disponga.

LA RANA DEL POZO

Ya hemos hecho referencia con anterioridad al proverbio común a chinos y coreanos de la rana en el pozo. La rana vive en él tan tranquila, absolutamente convencida de que no hay otro mundo más allá de las paredes que lo rodean, y de que no hay más novedad posible que el impacto ocasional del cubo al chocar contra el agua. Ante determinadas circunstancias, se nos puede perdonar que tengamos algo de la actitud de esa rana en lo que respecta a nuestra vida. Pero lo cierto es que, si hacemos un esfuerzo por mostrarnos receptivos, hay amplias oportunidades para salir de la húmeda oscuridad de nuestro “pozo” particular y abrirnos a un mundo de soleados horizontes prácticamente ilimitados. Los medios para conseguirlo son variados: conversaciones, relaciones personales, libros, revistas, reuniones, encuentros... Además, para convertirse en una “la mejor rana

posible”, realizada al límite de sus capacidades, no es imprescindible salir materialmente del “pozo”. Basta, simplemente, con traspasar los muros que nos rodean a nivel mental y emocional.

Dado que Dios ha creado un mundo de posibilidades ilimitadas, haremos bien en procurar estar al tanto de cuanto esté sucediendo a nuestro alrededor. Y dado, además, que las cristianas “ranas”, con las que compartimos nuestro pozo particular, tienen estupendas noticias, que serían de beneficio para el conjunto de la sociedad, mayor es aun la razón que ha de movernos a ocuparnos, y hasta preocuparnos, de todas aquellas otras ranas que viven ignorantes de ello. Y aun cuando no nos sea materialmente posible ir a todos esos otros pozos, hay otras formas alternativas de comunicarse con sus moradores. Y todo ello dentro del marco general del magno proyecto final de nuestro Dios.

Todos y cada uno de nosotros hemos nacido y nos hemos criado en un lugar concreto del mundo que ha influido, en buena medida, en nuestra forma de pensar y enjuiciar lo que nos rodea. Con el fin de contemplar esa múltiple variedad desde la perspectiva de la magna obra del Creador, tendremos en consideración los apartados que vienen a continuación.

LA PERSPECTIVA DEMOGRÁFICA

Una buena forma de mantener al día una “visión” general del mundo consiste en leer libros apropiados de orientación cristiana. Un buen ejemplo sería el libro editado por Ralph D. Winter, *Perspectives on the World Christian Movement*. Esta completísima, y muy excelente, obra consta nada menos que de 124 capítulos (contenidos en 782 páginas), dedicados por entero al análisis de la obra misionera, en un recorrido histórico que se remonta a los orígenes para acabar en el tiempo presente. Algunas de las cifras que citaré en párrafos sucesivos están entresacadas de este libro. La obra en sí está dividida en cuatro secciones que se ocupan respectivamente del enfoque Teológico, Histórico, Cultural y Misionero. Su lectura logra que quede uno bien informado en las diversas cuestiones pertinentes al mundo de la evangelización, las misiones, los hechos históricos, y los distintos enfoques. La vida, y la muerte, más allá de nuestros “pozos” particulares son el tema que da cuerpo y sentido a esas páginas.

La raza humana puede ser vista y enfocada desde múltiples y variados ángulos. Contemplemos por unos instantes a las personas en función de la distancia que las separe de la iglesia más próxima. ¿Por qué esta perspectiva en particular? Muy sencillo. Las iglesias locales, aun con todas sus imperfecciones y deficiencias, siguen siendo la herramienta más útil a la hora de evangelizar a nivel tanto local, como nacional y, lógicamente, mundial. Jesús, siendo el más excelente ejemplo de estrategia planificador, anunció que iba a edificar Su Iglesia. Las iglesias representan los lugares donde es predicado y enseñado el Evangelio; donde los creyentes reciben el alimento necesario para su crecimiento espiritual; donde las personas tienen oportunidad de desarrollar sus dones; y de donde ha de partir la actividad evangelizadora hacia el exterior. Por razón de todo ello, la distancia que medie entre una persona y la iglesia más próxima será un factor crucial a la hora de determinar las probabilidades que haya de que esa persona se

convierta. La multiplicación de locales de culto a lo largo y ancho de la geografía mundial continúa siendo la estrategia más indicada y efectiva para ganar almas para la causa de Cristo.

Combinando los datos del informe aparecido en la revista *Status of Global Mission* (mediados del 2006) con los datos publicados en el número correspondiente a enero del 2005 del boletín Internacional *Bulletin of Missions Research*, se calcula que el grupo de los cristianos comprometidos con la Gran Comisión supone un 10,7% de la población mundial. A nivel de las iglesias, constituyen el grupo más influyente, y son, de hecho, cristianos de fe genuina, y vidas cambiadas por Cristo, dispuestos a compartir su fe y su experiencia con otros. En el polo opuesto, estarían los cristianos de “segunda generación” que, aun tenidos por tales, en ningún momento han tomado una decisión personal, ni dan tampoco muestras de poseer una fe viva. Esa clase de creyentes está necesitada de un revulsivo que les haga enfrentarse a la verdad de lo dicen creer. El grupo de los cristianos nominales supone, aproximadamente, el 22,4% de la población mundial. Afortunadamente, contamos con obreros cristianos particularmente bien dotados para trabajar con ellos. Sea como fuere, lo que verdaderamente cuenta es que tanto los creyentes consagrados como los nominales están ya dentro de la Iglesia. Tomados en su conjunto, suponen el 33,1% de la población mundial. Y en base a eso trabajaremos.

El grupo correspondiente a las personas que viven dentro del marco geográfico y cultural de las iglesias cristianas abarca el 32,29% de la población mundial, lo cual supone casi un tercio del total global. Desde el punto de vista misionero, esas personas son consideradas “evangelizadas”. Eso no significa que todas ellas sean, de hecho, cristianas; pero da a entender que viven en un área con fácil acceso a una iglesia local donde se hable una lengua que entiendan y compartan un trasfondo cultural afín. Y es precisamente considerada área “evangelizada” en la convicción de que un porcentaje elevado puede llegar a ser salvo en virtud del trabajo de los creyentes verdaderamente comprometidos y activos de ese entorno. Tal como cabe esperar de una iglesia robusta y vital. La tarea que les aguarda a esos creyentes comprometidos es grande, habida cuenta que tan sólo suponen un 10,7% de la población total. Su cometido supondrá establecer contacto con un 32,2% de los que vivan en su radio de acción, posean una identidad cultural, y hablen la misma lengua. Por cada cristiano comprometido con el Evangelio en las iglesias locales de todo el mundo, hay tres inconversos en su radio de acción geográfico, lingüístico y cultural. Pese a ello, el porcentaje que viene a continuación impone una nota de cautela.

Alrededor de un 34,7% de la población mundial vive en lugares apartados del ámbito geográfico, lingüístico, y cultural de las iglesias. Dicho de otra forma, algo más de un tercio de la población mundial queda fuera del alcance de la Iglesia. A esas personas, les resultaría muy difícil encontrar una información relativa a Jesús culturalmente comprensible; aun en el caso de que estuvieran buscándola de forma activa. Este grupo queda, pues, englobado bajo el rótulo de “no evangelizado”. Por otra parte, el hecho de que no tengamos contacto o imagen física de ellos hace que muchos de nosotros ni siquiera nos planteemos su existencia. Lejos de nuestros radares de captación, ¿vamos a seguir adelante con la ficción de que no están ahí? El panorama demográfico espiritual es

elocuente en sí mismo. La realidad del estado de la población mundial desde la perspectiva del Evangelio puede ser muy distinta a la vivencia dentro de nuestro “pozo”. Otro asunto es que nos permitamos ignorarlo.

Si consideramos la distribución de los misioneros cristianos en el panorama mundial, tan sólo un 26% del total de la fuerza misionera está activa entre los distintos grupos “no evangelizados” a escala mundial. Teniendo en cuenta el número total de misioneros, incluyendo tanto los occidentales como los no occidentales, nada menos que el 74% de esa fuerza activa ministra en áreas ya extensamente cristianizadas (los ya “evangelizados”). El desequilibrio en la distribución de la fuerza misionera resulta a todas luces evidente. Y, en lógica consecuencia, se puede concluir que no sólo hacen falta más misioneros, sino que, sobre todo, y muy particularmente, es imperativo distribuirlos de manera más estratégica.

La desigualdad en la distribución de la fuerza misionera queda fácilmente ilustrada si se tiene en cuenta a la población china e hindú. Cada grupo étnico respectivo supone más de 500 millones de personas; y, en conjunto, suman más de un tercio de la población mundial. Pese a ello, tan sólo un 4% del efectivo misionero trabaja en ese entorno. Visto a escala mundial, las zonas geográficas “evangelizadas” cuentan con 185,6 misioneros por cada millón de habitantes, mientras que en el ámbito geográfico del Islam la cifra es de 2,73 misioneros por cada millón de personas. Son muchos los lugares que quedan fuera del ámbito geográfico, lingüístico y cultural dentro de ese 34,7% de población mundial “no evangelizada”. Esta es, pues, la clase de información que deberíamos esforzarnos por hacer llegar a nuestros radares.

AYUDANDO A TOMAR CONCIENCIA DEL PROBLEMA

De niño, tomé la decisión de hacerme misionero cuando fuera mayor. Todavía hoy me pregunto cómo un crío de seis años pudo tomar una decisión tan crucial para su futuro. Además, ¿cómo es posible que un niño de tan corta edad sea consciente de que su apreciación de los valores fundamentales está en línea con la voluntad de Dios para el mundo? Lo cierto es que esa decisión mía nada tenía que ver con una formación misionera previa y específica. Tampoco recuerdo que hubiera oído historias relativas a las misiones, ni conversaciones particulares sobre ese tema antes de los seis años. En realidad, no tengo idea de qué pudo llevarme a anunciarle a mi abuela la muy firme decisión de marchar a Egipto cuando fuera un poco más mayor para hablarles a los chicos y chicas de mi edad acerca del Señor Jesús. Evidentemente, algo sí habría llegado a mis oídos – relatos sobre las misiones o conversaciones particulares que trataran ese tema – en mi casa y en la iglesia, dejando una huella en mi corazón. Por aquella época, mi abuela hacía continuos viajes a Cuba y a México, llevando paquetes de ayuda y la Palabra del Señor; y acostumbraba a hablar de ello como algo de lo más natural. Puede que esa fuera la base de mis propias conclusiones. Nunca debe menospreciarse el poder latente de esa clase de historias personales -- oídas de boca de padres, abuelos, maestros, pastores, y creyentes bien instruidos -- en la toma de conciencia de la presente generación de un servicio de dimensiones eternas que puede prestarse en cualquier lugar del mundo. La

simiente de esta maravillosa noción ha de ser plantada con plena intención en la mente de los jóvenes.

Los buenos libros al respecto son otro factor importante en la toma de conciencia de esa necesidad. Ruth Tucker escribió una excelente biografía de la historia de las misiones cristianas titulada *From Jerusalem to Irian Jaya*. Su lectura, y la de otras obras similares, nos ayuda a comprender mejor los obstáculos, los retos, las decisiones, y los triunfos de unos cristianos fuera de lo común. He aquí algunos ejemplos.

- Podemos leer de Policarpo. Tras servir por espacio de nada menos que 96 años, fue quemado en Esmirna. Su muerte, sin embargo, vino a suponer un triunfo para la fe cristiana, pues fueron muchos los no creyentes que se sintieron horrorizados por tan espantosa muerte.
- Los mercaderes sirios, que hacían la antigua ruta de la seda en la China occidental, llevaron el Evangelio a ese lejano país, influyendo en la élite durante 150 años. El registro de su historia nos pone al tanto de su éxito, y de lo que les llevó a un eventual fracaso.
- San Bonifacio, con un arrojo sin precedentes, ordenó talar la encina sagrada del dios Tor, deidad pagana de las tormentas. Su atrevimiento sirvió para erradicar ese culto idolátrico, logrando que las gentes se convirtieran a miles al comprobar que el santo hombre salía ileso del intento. Ni el árbol ni el dios habían podido con él.
- En la India, haciendo frente a una fuerte oposición tanto pública como privada, William Carey tradujo el Nuevo Testamento en su totalidad a seis de las lenguas de ese inmenso país, sumando posteriormente la traducción de porciones escogidas a 29 dialectos más. Asimismo, ayudó en numerosas ocasiones a librar a las viudas de la atroz práctica del “sati”, cruel costumbre ancestral que obligaba a las viudas a inmolarse a sí mismas en la pira funeraria de su difunto marido, demostrando, en base a los propios escritos sagrados de esa religión, que no estaban obligadas a ello.

Las aventuras vividas por David Livingstone en el África central; o Lottie Moon, y sus increíbles logros en China, pueden hacernos tanto llorar como reír. C. T. Studd trabajó sucesivamente en India y en China, para pasar a África a la edad de 50 años. Hubo un grupo de misioneros en Bolivia, trabajando en el proyecto Nuevas Tribus, que dieron su vida por el Evangelio en 1943. En 1955, cinco misioneros murieron en Ecuador a mano de los indios aucas. Las historias son interminables en el campo de las misiones, alternándose lo espectacular y lo dramático con la labor cotidiana más sencilla. Pero, cualquiera que sea la situación o el suceso, lo verdaderamente importante serán los resultados obtenidos.

Estas lecturas pueden ser enriquecedoras tanto para los adultos como para los niños y los jóvenes. La serie Trailblazer Books (Bethany House Publishers), pensada para un público juvenil, incluye numerosas biografías de la vida misionera, y es una excelente manera de trabar conocimiento con los grandes héroes de la fe de épocas pasadas. La colección *Women of Faith and Men of Faith* (Bethany House Publishers) nos instruye acerca del mundo de las misiones. Para los más pequeños, la casa de publicaciones YWAM (Youth

With a Mission) ofrece toda una serie dedicada a destacadas figuras misioneras, y puede servir tanto para leer en familia como individualmente. Si te muestras receptivo, las vidas de todos esos campeones de la fe pueden ser motivo de inspiración en la actualidad. Todas estas series pueden ser, además, de gran ayuda a la hora de ampliar perspectivas.

De los errores también puede aprenderse. Algunos de los sufrimientos padecidos por los obreros cristianos se debieron a fallos que podrían haber sido evitados y que, en algunos casos, fueron mortales. Ahora bien, ¿merece la pena morir por causa del Evangelio? ¡Desde luego que sí! Pero eso no quiere decir que vaya a ser siempre obligado y necesario. Si algunas de esas muertes pudieron haber sido evitadas en su momento, alguna lección habrá que aprender de ello con vistas a una mejor gestión de la tarea evangelística. Aun así, los fallos no dejan de ser fallos. Como instructor de misioneros, esos son factores cruciales que he de plantearme muy en serio a la hora de impartir enseñanza. Por otra parte, mucho del intenso sufrimiento padecido por los misioneros de otros tiempos nada tuvo que ver con la vanagloria. Lo suyo fue un acto de auténtico heroísmo por fe – el precio pagado por una entrega incondicional – y siempre será digno de nuestra alabanza.

A medida que nuestra percepción del tema se agudice, el Espíritu Santo podrá utilizar esa información acumulada en nuestra mente para mover nuestra voluntad según Sus designios. Él será el que se ocupe de decidir cómo utilizar lo que nosotros tengamos en mente y corazón; pero lo que ahí se encuentre tendrá que haber sido, sin embargo, tarea nuestra. El Espíritu de Dios me conmovió a la edad de seis años; pero no sin que hubiera un trasfondo previo de instrucción y conocimiento de las cosas de Dios. La presente generación también puede, y debe, hacer uso de las extraordinarias oportunidades que se le ofrecen. Evidentemente, no todos tendremos que servir en el extranjero; pero no por ello habrá que dejar de estar informado y plantearse un cierto grado de compromiso. Los héroes de la fe actuales son todos esos misioneros que asumen la tarea de averiguar dónde no ha llegado aún el Evangelio, haciendo suyo el mandato de ir a todos los rincones del mundo. Ellos son los que necesitan nuestra ayuda logística y los que merecen todo nuestro respeto. Que nuestras oraciones a favor suyo sean de celebración de su entrega y su compromiso.

SIETE VENTAJAS A FAVOR DE ESTA GENERACIÓN

El momento actual es inmejorable para comprometerse con la obra del Señor dentro del evangelismo a escala mundial. Siete son las oportunidades que se nos presentan ahora que no estuvieron al alcance de generaciones anteriores.

- Debido a la explosión demográfica, el número de no cristianos es en el presente es muy superior a la cifra total sumada por las generaciones anteriores. Si aprovechamos bien las oportunidades que se nos ofrecen. Podremos ganar muchas almas para Cristo.
- En base a ese aumento de población, el número de creyentes cristianos supera en la actualidad la cifra total de creyentes en generaciones anteriores. Contamos,

- pues, con recursos humanos más que suficientes para llevar a cabo la tarea asignada.
- La red mundial de transportes supera en mucho a las posibilidades habidas en otras épocas. Esta tremenda ventaja significa viajar con mayor facilidad y llegar más rápido y seguro.
 - Las posibilidades de comunicación a nivel internacional son superiores, y mucho más rápidas y eficientes, a lo experimentado en cualquier otra época. En la actualidad, podemos enviar información, reportajes, o peticiones de intercesión desde muchos lugares distintos. Asimismo, también podemos recibir información puntual relativa a nuestro trabajo, la familia, los amigos, y las necesidades misioneras en cuestión de segundos, y a bajo coste, vía Internet.
 - La prevención sanitaria ha alcanzado cotas no vistas con anterioridad. Las vacunas contra la mayoría de las enfermedades son ya una realidad que posibilita vivir en otras latitudes con casi total ausencia de riesgo vital.
 - Existen recursos económicos disponibles para financiar la obra evangelizadora a nivel mundial no conocidos en otras épocas. Esos recursos son canalizados a través de las iglesias, las propias organizaciones misioneras, y distintas redes de personal cualificado y de probada solvencia.
 - Contamos con una amplia oferta de recursos misioneros para hacer frente a las diferencias culturales. Los nuevos recursos lingüísticos nos permiten aprender otras lenguas sin necesidad de pasar por el aula. Las relaciones entre culturas muy distintas, motivo de disensión y conflictos en épocas anteriores, son ahora posibles con mayor aceptación por ambas partes. La ciencia de la antropología aplicada ayuda a reducir la frustración propia de la convivencia con personas de mentalidad muy distinta, potenciando el equilibrio mental de los misioneros. La tarea misionera puede llevarse a cabo de forma más eficaz y resolutive en la actualidad. El análisis retrospectivo de la historia de las misiones ha dado como resultado un mejor entendimiento. El colonialismo paternalista de épocas pretéritas ha desaparecido, dando paso en la actualidad a una relación de cooperación fraternal en la que el misionero extranjero viene a servir, como corresponde a su vocación, bajo la guía de los responsables locales.

La magnitud de la tarea que nos aguarda es considerable y debería ser motivo de un análisis ponderado. Aun así, los siete factores que acabamos de enunciar deberían, en contrapartida, ser causa de aliento y regocijo ante las ilimitadas posibilidades que se despliegan ante nuestros ojos. Char y yo tuvimos la oportunidad de experimentar todas esas ventajas en nuestros últimos años de misioneros destacados en China, y con ocasión de los múltiples viajes de trabajo efectuados a Asia y a África desde nuestro regreso a los Estados Unidos. En el último año que pasamos en Beijing, nos comunicábamos prácticamente a diario con nuestros hijos vía e-mail. Si contrastamos estos recursos con las penalidades que tuvieron que afrontar David Livingstone y su esposa entre 1852, año en que ella se volvió a Inglaterra, y 1873, año en el que murió Livingstone, la diferencia es más que notable. Mientras ella se ocupaba de los hijos habidos en su matrimonio y atendía a su delicado estado de salud, Livingstone acometía la ingente tarea de tres expediciones sucesivas en pleno corazón del continente negro, en un alarde misionero de proporciones épicas y fatigas sin fin. La presente generación dispone de recursos y

facilidades sin precedentes. El estudio ponderado de la historia misionera hace que nos demos cuenta más cabal de las desventajas y las dificultades a las que tuvieron que hacer frente nuestros predecesores.

EL LEGADO DE LAS GENERACIONES ANTERIORES

Nuestros predecesores tenían que hacer largas travesías por mar, y llegaban a su destino débiles o incluso enfermos, pasando meses antes de que pudieran recibir noticias de los suyos. Su trabajo se desarrollaba en un entorno con riesgo de enfermedades mortales, al tiempo que tenían que hacer frente a lo mil y un problemas que planteaban las relaciones entre distintas culturas, y ello sin contar con las posibilidades de formación disponibles hoy día. Los antiguos misioneros tenían que aprender las lenguas nativas sin la ayuda de los expertos en lingüística, y tampoco disponían del relato histórico y las lecciones que de él se desprenden. Los recursos básicos a nuestra disposición son siempre de carácter espiritual – la disciplina personal, el servicio realizado en amor y humildad, la oración, y el ayuno. Cuantos nos precedieron en el campo misionero hicieron buen uso de esas herramientas espirituales. Sin embargo, lo que aquí nos concierne es el adecuado aprovechamiento de los recursos tecnológicos disponibles en la actualidad. Si contrastamos las tremendas dificultades de nuestros predecesores con la excelsa magnitud de los logros que alcanzaron, ¿cómo podremos ponernos junto a ellos cuando nos reunamos en el cielo? En la actualidad, los recursos superan en mucho a las dificultades, pero lo que arriesgamos sigue teniendo idéntica importancia; ¿cómo haremos, pues, para no desaprovechar las oportunidades que se nos presentan?

El interés que evidencian muchos cristianos hoy día en la evangelización a nivel mundial es a un tiempo alentador y estimulante. Los escasos ejemplos de relajada complacencia, pese a las necesidades pendientes, no puede decirse que obedezcan a un egoísmo consciente. Son más bien un caso de falta de información y perspectiva – nuestra rana en el pozo. Las generaciones precedentes supieron hacer frente al reto que tenían por delante. La presente generación, adormecida en apariencia por interés, ignorancia, comodidad, o prosperidad, también sabrá estar a la altura de las circunstancias a poco que nos lo propongamos.

LO MEJOR QUE TENGAMOS

Una de mis historias favoritas, relativa a los inicios de la Iglesia Primitiva, procede de la lejana Alejandría, en el Egipto del siglo II. El anciano obispo de esa sede, tuvo una visión en su lecho de muerte: un hombre se presentaría ante él al día siguiente con un cestillo de uvas. Ese hombre sería su futuro sucesor. Y, efectivamente, al día siguiente, un rústico campesino analfabeto, hombre casado que respondía al nombre de Demetrio, se presentó ante él a la mañana siguiente con un hermoso racimo de uvas cogido en su propia viña. Pese a lo chocante del caso, ese tal Demetrio fue apresuradamente consagrado como nuevo obispo y, sorprendentemente, gobernó con gran sabiduría desde la cátedra de San Marcos por más de cuarenta años. Durante todo ese tiempo, la Iglesia produjo tres grandes eruditos: Panteno, Clemente, y Orígenes.

Panteno era un cristiano judío, muy versado en filosofía griega clásica. Según relata San Jerónimo, uno de los primeros padres de la Iglesia, cierto día se presentó en la Sede una delegación procedente de la India. Demetrio, sin dudarlo ni un instante, le rogó a Panteno, como cualificado experto, que viajara a la India para departir allí con los filósofos nativos. Para él, la causa del Evangelio y la promoción de la Iglesia de Cristo en la lejana India iba a la par con la labor del erudito especialista trabajando en casa.

Señor, apresura, pues, el día en que nosotros también sepamos enviar por el ancho mundo lo mejor de nuestros seminarios y escuelas para llevar a efecto tan noble y sublime tarea. El campo de misión no es un lugar adecuado para los inexpertos o los inadaptados. Ciertamente, Tú puedes servirte de cualquiera de nosotros. Pero esa no puede ser razón para no enviar a nuestros mejores obreros a la Obra. Ayúdanos a no caer en el etnocentrismo de reservar para nosotros mismos lo mejor y más granado de nuestros hombres de fe.

ES CUESTIÓN DE CORAJE

Aun valorando el poder ser partícipes en el magno proyecto de Dios de evangelización de todas las naciones, sigue siendo necesario tener coraje y confianza, porque, de no ser así, no nos atreveremos a salir de nuestros pozos particulares. Estando todavía en Canadá, nos enteramos, exactamente en el año 1972, de que se nos destinaba a Oriente. Eso era ciertamente el inicio de la realización de mis sueños infantiles de misionero en lejanas tierras. A nivel inconsciente, sin embargo, bullía el temor de no estar a la altura de las circunstancias. Hasta que un día, estando en oración, sentí que Dios me decía, “Llámame Papá”. El impacto que me causó fue tremendo. Yo siempre me había llevado bien con mi padre, e incluso éramos buenos amigos, pero la idea de que Dios mismo quisiera ser alguien tan próximo a mí – un verdadero amigo y compañero, como ocurría con mi padre, nunca se me había pasado por la cabeza. Pero esa era la impresión que yo sacaba de ese ser como “mi Padre”. Dios merece todo el respeto y el afecto que conlleva la relación de un hijo con su progenitor; pero eso no era todo, ahora se me hacía evidente que Dios también quería tener conmigo una relación de amigo y compañero. Mientras me dedicaba a orar en solitario en nuestra iglesia del Cana dá rural, no fui plenamente consciente de ello. Sin embargo, conforme fueron pasando los años, se hizo cada vez más evidente que eso era exactamente lo que Dios deseaba compartir conmigo. En Romanos 8:15 se nos dice que hemos recibido “... el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! Y, en ese Espíritu, podemos precisamente atrevernos a decir, “¡Abba, Padre!” “Abba” significa “Papá”, o “papaíto”, en lengua aramea. En aquellos momentos yo no tenía todavía tan íntima relación con Dios. Incluso hoy día, cuando la tarea diaria se me hace cuesta arriba o, muy particularmente, cuando las cosas se ponen difíciles, y siento la imperiosa necesidad de sentirme realmente muy cerca de Dios en oración, me dirijo a Él como mi “papá”. Y la impresión que tengo es que Él disfruta tanto como yo con esta nueva relación de intimidad. Hace falta valor para poder servir a nuestro Señor, ya sea en un entorno conocido o en tierras distantes e ignotas para nosotros; en lengua que nos sea familiar, o en un lenguaje y un ambiente desconocido. Aun así, no cabe duda de que puede conseguirse. Si Dios es nuestro guía, y nuestro compañero de viaje, no

habrá posibilidad de fracaso. No vamos a quedarnos rezagados en nuestro recorrido. El compañerismo que Dios nos ofrece así lo garantiza.

En la primavera de 1978, Char y yo nos preparamos para regresar a Corea para nuestro segundo tiempo de servicio. El director internacional de nuestra organización y un servidor habíamos sido invitados a participar en una serie de conferencias misioneras que iban a tener lugar en el estado de Pennsylvania. Fue precisamente allí donde tuve noticia por vez primera de que iba a pedírseme que aceptara el puesto de supervisor local. Hasta ese momento, mi trabajo había sido el de director del ministerio entre jóvenes, responsable de los campamentos juveniles consejero de pastores pioneros, y profesor del instituto de formación bíblica. Ese nuevo cargo que ahora se me ofrecía significaba ser responsable absoluto de todas las áreas. Y significaría asimismo tener que actuar de coordinador de la plantilla internacional de directores locales. Una vez que hubo pasado la conferencia, Char y yo emprendimos la vuelta a California para preparar nuestro regreso a Corea. De camino, nos detuvimos en Iowa para saludar a mis padres y comunicarles la noticia de ese nuevo ofrecimiento. Yo les expuse con total franqueza los temores que sentía y la ansiedad que me producía el pensar en las responsabilidades que tendría que asumir. Tampoco estaba muy seguro de que esa reacción mía fuera la más adecuada.

A la mañana siguiente, mi madre se dirigió a mí para decirme que había estado orando y meditando en todo lo que yo le había dicho. En su opinión, no había nada por lo que sentir aprensión o temor. Mis miedos tan sólo evidenciaban mi tendencia a confiar antes en mí mismo que en el Señor. Y esa no era la actitud más indicada. Si se confía verdaderamente en Dios, no puede haber lugar para la duda y el miedo. El temor que yo sentía ponía de relieve mi error a la hora de depositar mi confianza. Desde aquel mismo día, cuando me siento acobardado ante una nueva responsabilidad que aparece en mi horizonte, recuerdo las palabras de mi madre, y se me vuelve a hacer evidente la necesidad de depositar mi confianza en Quien realmente la merece.

Hay dos características de Dios, maravillosas pero opuestas entre sí, que son de tremenda ayuda al pobre y débil ser humano enfrentado a una tarea que le sobrepasa. Una la constituye el hecho de que Dios esté cerca, y la otra el que no lo esté. Me explico. Dada su proximidad a nosotros, Dios es plenamente consciente de la situación en la que nos encontramos y puede identificarse por completo con ella. Pero al no sólo estar cerca, sino ser infinitamente superior y más poderoso que nosotros o nuestras circunstancias (o nuestras luchas y dificultades), está siempre en situación de ayudarnos. Si tan sólo fuera superior, pero lejano a nosotros, puede que no estuviera dispuesto a ayudarnos. Y si tan sólo estuviera cerca y sintiendo nuestra ansiedad, puede que le fuera imposible ayudarnos. Lo que nos consuela es que Dios está cerca y conoce nuestras circunstancias. Además, y de forma simultánea, tiene poder suficiente para intervenir adecuadamente. En teología, esas dos facetas se conocen como la trascendencia y la inmanencia de Dios. Está próximo y se interesa por nosotros; y es fuerte y poderoso para poder ayudarnos. Esas cualidades conjuntas son de gran consuelo para nosotros. Al contemplar la grandeza y el poder de nuestro Dios, y ser conscientes de cómo cuida de nosotros, comprendemos que no hay razón alguna para tener miedo. Pero, dada nuestra condición humana, puede que,

pese a todo, sí sintamos miedo en alguna ocasión. Aun así, no hay por qué sentir temor si de veras confiamos en Dios. En eso consiste la aplicación práctica de nuestra certeza de la omnipresencia de Dios. Él está siempre presente por adelantado en toda posible circunstancia, presto a invitarnos a que nos unamos a Él. Y no hay ningún posible lugar o contingencia que sea algo nuevo o imposible para Él.

CREADOR Y SALVADOR

A lo largo de este capítulo hemos ido examinando el enorme privilegio que supone el ser colaboradores de Dios. ¡Su grandeza y majestad ciertamente nos sobrecoge! Ahora bien, la tarea que nos aguarda no es sólo la de construir, sino de reconstruir también lo ya dado. Cualquier constructor o albañil nos dirá que es siempre mucho más fácil construir de nuevo que reparar y mantener una antigua estructura. Pese a ello, Dios está dispuesto a darnos a ti y a mí la oportunidad de ser partícipes en su magna obra, enderezando aquello que esté torcido.

Comparemos la creación del mundo natural con la posterior recreación múltiple del ser humano caído. En la primitiva creación del cosmos, Dios intervino personalmente, en una actuación de carácter único, utilizando herramientas perfectas, en un ámbito controlado, sin resistencia ni oposición alguna a Su tarea, y con el resultado mensurable de que cuerpos celestiales inexistentes fueron creados de la nada – y vinieron a tener existencia. La grandeza del universo natural es testimonio irrefutable del poder creativo de Dios. Pero en el milagro de la salvación entró en acción una dinámica aún más profunda. En ese ámbito, Dios no ha dejado en momento alguno de seguir recreando Su obra a través de los tiempos y en todo momento y circunstancia. Lo más increíble es que no ha querido llevar a cabo esa tarea en solitario. Y no ha dudado para ello en servirse de sucesivas generaciones de “herramientas” un tanto “defectuosas”. Dios tampoco ha querido operar en una atmósfera bajo control. Muy por el contrario, ha tenido a bien trabajar en medio de un taller sacudido por toda clase de desastres de factura humana, dedicándose a recomponer a unos seres humanos rotos y heridos. Dios nos impresiona, pues, no tanto por su gran poder como por Su inmenso amor. Los resultados que Él obtiene exceden nuestra humana comprensión y superan las necesidades por nosotros creadas. Dios recompone situaciones que escapan a nuestro control, devolviéndonos la dignidad perdida en base a una relación de igualdad y consideración personal. Teniendo presente este exclusivo privilegio, mi ferviente anhelo es cumplir Su propósito en mí. Quiero ver realizado lo mejor de mí mismo. Y no porque así me haga más merecedor de colaborar en Su magna empresa, sino porque Él busca colaboradores comprometidos con su fe y dispuestos a dar lo mejor de sí mismos. Nuestros esfuerzos por dar la talla son causa de tremenda satisfacción para Dios.

SUPERANDO LOS PROPIOS LÍMITES

Las Escrituras nos dicen que somos un sacerdocio real. Pero eso no es todo, Dios nos llama a todos y a cada uno de nosotros a rendirle honor y servicio en virtud de nuestra profesión y nuestro trabajo. Y si eso es así, deberíamos estar orando por el cumplimiento de nuestra tarea diaria con el mismo fervor y compromiso que evidencia el predicador al

preparar su sermón. ¿Somos realmente conscientes de la igualdad entre la vocación del pastor y nuestra responsabilidad como profesionales subordinados, o superiores, bajo idéntico sometimiento a la voluntad Divina? De no ser así, significaría que los predicadores serían los únicos capaces de servir a Dios según Su auténtica voluntad – idea que no puede caber en cabeza alguna. Felipe, el diácono que se menciona en el libro de los Hechos, no era un asalariado profesional. Aun así, la influencia que tuvo en la difusión de la Buena Nueva fue enorme. Al igual que otros muchos creyentes perseguidos, Felipe partió de Jerusalén para dirigirse a una ciudad de Samaria. No nos consta que tuviera intereses propios que defender en ese lugar, pero en cambio sí sabemos que tuvo allí origen un avivamiento. A continuación, Felipe se adentró en el desierto por el camino que llevaba de Jerusalén a Gaza. Y allí fue donde tuvo el encuentro con el etíope tesorero de la reina Candace, al que instruyó en el camino hacia el Señor y Dios verdadero. Después marchó a Azoto – en territorio palestino hostil. Y por último llegó a Cesaréa, donde todavía seguía viviendo años más tarde cuando el apóstol Pablo le hizo una visita camino de su último viaje a Jerusalén. Felipe obtuvo fruto de todos sus viajes misioneros, y ello pese a no ser nunca más que un simple diácono. Si fuéramos capaces de superar las distinciones entre el profesional contratado y el voluntario amateur, dispondríamos de ese tremendo caudal de creatividad potencial que supondría el reconocimiento del cuerpo de la fe, dignificado y debidamente cualificado en cada uno de sus miembros integrantes.

Según las estadísticas, la forma más eficaz de comunicar la Buena Nueva es a través de conversaciones personales entre familiares, amigos, compañeros y conocidos. Los distintos informes al respecto, ponen de relieve que entre un 60 y un 80 por ciento de los creyentes actuales se hicieron creyentes gracias a ese testimonio personal. En la atmósfera distendida de una conversación informal, se produce un intercambio de pareceres libre de sospechas partidistas. Win y Charles Arn llevaron a cabo el seguimiento de 240 personas recién convertidas a Cristo. De entre todas ellas, 35 se habían convertido mediante información obtenida a través de la lectura de la Biblia, de tratados y folletos, y otros varios tipos de lecturas independientes. Otros 36 se habían convertido en base a monólogos persuasivos o convincentes, tal como puede ser el caso de los sermones evangelísticos. Con todo, la inmensa mayoría (169) había llegado a Cristo gracias a conversaciones personales con amigos y conocidos.

Los profesionales de la enseñanza a nivel de adultos saben muy bien que es mucho más lo que se aprende a través de conversaciones que mediante los discursos. Un discurso, o una alocución, puede que contenga más cantidad de información, pero las personas aprenden con mayor prontitud en base a un diálogo. El aprendizaje que tiene lugar en el ámbito informal de una conversación da pie a preguntas y respuestas, saca a relucir intereses de orden superior, fomenta el intercambio relajado de información personal, y da lugar a una posible toma de decisiones ponderada y menos expuesta a la influencia de emociones pasajeras. Las conversaciones personales siempre descollaran por esa característica suya de naturalidad más propicia a la confianza personal. Y, lo es que es más importante todavía, son el medio más eficaz para compartir el gozo de la Buena Nueva. El verbo que mejor traduciría el concepto contenido en el original sería “comunicar”. Así, no tenemos necesariamente que “predicar” para poder “comunicar”.

La experiencia viene una y otra vez a confirmar que el intercambio personal da mejores resultados.

Los mencionados hermanos Arn estudiaron otro grupo más de 240 personas. En esta segunda ocasión, todos los integrantes se habían convertido en un primer momento para, posteriormente, abandonar esa fe por distintas razones. De entre todos ellos, 25 se habían convertido por medio de información transmitida; otros 6 lo habían hecho en base a un diálogo de tipo informal; y los 209 restantes habían tomado esa decisión mediante mero monólogo interior. Un monólogo persuasivo puede inducir a tomar una decisión. Lamentablemente, ese tipo de decisiones suelen carecer de la hondura que se consigue en virtud del diálogo interpersonal entre amigos. Las decisiones emocionales ocurren en base a un estímulo también emocional, pero sin que suela entenderse muy bien la razón que lo motiva. En contraste con ello, la persona que llega a convertirse gracias a un diálogo libre de influencias emocionales, tiene muchas más posibilidades de seguir adelante en ese camino iniciado, porque su nivel de comprensión es mayor, y porque la conversación fomenta un interés continuado – las relaciones tienden a estabilizarse.

Curiosamente, las leyes chinas fomentan que los creyentes recurran precisamente al método más eficaz de evangelización. Veamos cómo es eso. En China, la libertad de fe permite que cada individuo crea lo que mejor le parezca. Pero, en contrapartida, se les prohíbe a los fieles que hagan propaganda de sus creencias en reuniones públicas muy concurridas o a través de los medios de comunicación. Esto deja a los creyentes chinos con un único medio de uso fácil – la conversación personal privada. Pero, tal como apuntábamos líneas atrás, este es precisamente el método más eficaz, y ¡el más económico!

Los cristianos deberíamos, pues, iniciar conversaciones enjundiosas allí donde surja la oportunidad. De ese modo, la gran familia creyente podría ganar al mundo con más facilidad, y mayor eficacia, en lugar de esforzarse, casi siempre inútilmente, por conseguir que la gente acceda a asistir a nuestros cultos y reuniones. Indudablemente, seguirá habiendo un porcentaje de personas que se convierten a través de la palabra predicada (y gracias sean dadas a Dios por ello). A eso hay que sumar algunos programas de televisión progresista que utilizan ese medio con eficacia para reproducir el estilo informal de la conversación. Lo cual viene a atestiguar la superioridad de la conversación personal respecto al monólogo. Sea como fuere, las estadísticas confirman como hecho innegable que el método más eficaz de conversión es la conversación – en un diálogo informal entre un creyente y alguien que no cree. Muy lamentablemente, son muchos los cristianos que limitan sus relaciones al propio círculo de creyentes. De ahí que sea imperativo no sólo pensar más allá de los propios límites, sino traspasarlos físicamente.

UNA SEGUNDA “CONVERSIÓN”

Los creyentes somos salvos del mundo. Y conforme vamos madurando en los caminos del Señor, se hace necesaria una segunda conversión de vuelta a ese mismo mundo, si es que vamos a sazonarlo según mandato del Señor. La relación a nivel personal con la sociedad no creyente puede convertirse en nuestra mejor baza. El círculo exclusivo de la

propia comunidad, en cambio, puede volvernos débiles. Los creyentes disfrutamos en mutua compañía. Ahora bien, si caemos en error de disfrutar en exceso de ese bien (la “koinonía” bíblica) corremos el peligro de ser víctimas de “koinonitis” (exceso de confraternización excluyente). Hay cristianos que se esfuerzan en memorizar presentaciones estereotipadas, y los hay, en cambio, que proyectan su mensaje desde la lejanía con la esperanza de que alguien se convierta. Pero lo cierto es que hay un modo mucho más indicado y eficaz. Atrévete a tener una conversación honesta y sincera con alguien que todavía no conoce a Cristo – y muéstrate dispuesto a escuchar en la misma proporción en la que hables. Evita caer en la trampa fácil de hablar por turnos sin que, en realidad, ninguna de ambas partes esté verdaderamente hablando y escuchando a su vez. Eso no es más que un monólogo simultáneo con pausas de cortesía. Nada hay en eso que recuerde ni de lejos el intercambio genuino de una conversación en la se que escucha en paridad con lo que se habla. Volveremos sobre este tema en el capítulo siguiente.

Debemos aprender a no amar el mundo en determinada forma – en su materialismo hedonista, humanista, idólatra y descreído. Pero, por el contrario, debemos aprender a sí amarlo, aunque de manera distinta – como un mundo lleno de preciosas almas eternas que han de ser tenidas en cuenta. A ojos de Dios, esas almas merecieron el sacrificio de la muerte de nuestro Señor Jesucristo, y por ello son merecedoras asimismo de nuestros más denodados esfuerzos a favor suyo.

El apóstol Pablo fue conmovido a viajar, evangelizar, e implantar iglesias en nuevos lugares. Sin embargo, recomendó a los tesalonicenses que procuraran tener tranquilidad, que se ocupasen de sus negocios, y que trabajaran con las manos de la manera que les había sido ordenada desde un principio: “a fin de que os conduzcáis honradamente para con los de afuera...” (1 Tesalonicenses 4:11,12). Como creyentes, tenemos que manifestarnos allí donde hayamos arraigado. Si Jesucristo es el centro de nuestra existencia, nuestra propia forma de vida dará testimonio de nuestra fe. Nuestras creencias y juicios aflorarán de manera espontánea en el curso de una conversación no forzada. Y, en la medida en que los creyentes repartidos por el ancho mundo así lo manifiesten, mayor será el número de los que se decidan por Cristo.

Dios mismo, como Señor y Creador, nos invita a ti y a mí a ser colaboradores suyos en una empresa de proporciones grandiosas. Pues no sólo quiere que seamos parte integrante de ese magno proyecto, sino que además desea que participes activamente en él. Tu participación personal será, pues, única e integral. Y será, de hecho, imprescindible en tu propio desarrollo dentro de la fe. Es más, no es muy probable que pueda alcanzarse el ideal que Dios tiene en mente para cada uno de nosotros de no ser mediante un compromiso activo dentro de ese entramado global.

UNA METAS REALISTAS

¿No has escuchado a alguien quejarse, diciendo, “Tengo miedo de que Dios me mande a África de misionero si no hago esto y lo otro”, como si el servicio en la obra fuera una especie de castigo que divino para hijos rebeldes? Muy por el contrario, el ser enviado a África no dejaría de ser todo un privilegio. Una auténtica oportunidad para aquellos que

se muestran obedientes y disciplinados; en modo alguno un castigo para los rebeldes y desordenados. Para algunos, la obra misionera allende los mares supone una oportunidad única para desarrollar el propio potencial al máximo. Por mi parte, admito tener una tendencia innata a entregarme en cuerpo y alma a esa labor – yo enviaría a todo el mundo a la obra misionera más allá de las propias fronteras. Sin embargo, es evidente que yo no soy el Espíritu Santo. Y es muy dudoso que esa fuera una medida acertada en todos los casos. Sea como fuere, el alto privilegio que supone servir en otros países está fuera de cuestión. Nuestro buen Dios nos confiere un honor muy especial al permitirnos ser sus portavoces y mensajeros.

El magno proyecto iniciado por Dios para la evangelización de nuestro mundo tiene cabida para múltiples formas de expresión. Algunas de ellas tienen que ver con la primera línea de batalla, otras se circunscriben a la tarea logística y de aprovisionamiento. El proyecto como tal es una cuestión de genuino trabajo en equipo. A cada cual le corresponde encontrar su puesto. Si el campo de trabajo abarca la totalidad de este mundo, forzoso es concluir que todos estamos ya dentro de él. Una vez que se averigua el lugar exacto que nos corresponde, es ya tan sólo cuestión de descubrir en qué consiste exactamente nuestra tarea. Eso sólo puede revelárnoslo el propio Espíritu Santo. El reto que plantea este hábito tiene que ver con la grandeza inconmensurable y el tremendo valor de un servicio realizado en confiada obediencia, dentro del inmenso campo de las misiones, confiando en que vas a poder averiguar cuál sea tu lugar en concreto, para entonces poder llegar allí – o, de encontrarte ya en el sitio adecuado, seguir adelante sirviendo con renovadas energías y espíritu de fiel entrega. El mundo ya no es tan grande como para no poder plantearse en serio otros posibles lugares. Ni tampoco serán las conversaciones que podamos tener con nuestros amigos no cristianos tan poco relevantes como para no incluirlas en nuestras oraciones. Todos, en todo momento, y en cualquier lugar, tendremos un papel importante que desempeñar.

LO QUE VERDADERAMENTE MERECE LA PENA, O LO MÁS FÁCIL

Todos tenemos un rasero con el que medir el valor de las cosas. Eso es lo que conocemos como sistema o escala de valores. Hay quien determina la valía de su actividad en base a la satisfacción que le depare su realización, ya sea de índole económica, o por una cuestión de estatus o prestigio. Las actividades que entrañan un valor eterno – marcando la diferencia en el destino de las almas humanas – son las que verdaderamente tienen un alto valor en sí mismas. Las cosas materiales tienen valor en la medida en que sirvan precisamente a la consecución de esos valores imperecederos.

Durante los años pasados en China, Char y yo tuvimos oportunidad de conocer a otros muchos extranjeros -- cristianos responsables -- destinados allí. Los había de todas las edades y con muy diversos objetivos – negocios, enseñanza, diplomacia, medicina. Todos ellos estaban aprovechando esa oportunidad única para compartir su fe en muy distintas maneras. Muchos de ellos involucrándose en el ámbito universitario. Todos ellos estaban altamente motivados: personas ya maduras con una visión muy definida, o jóvenes entusiastas con la vista puesta en el futuro. Todos ellos contaban con mi más profundo respeto, como auténticos héroes anónimos de nuestro tiempo. Isaías dice estas palabras

referente a ellos: “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación ...!” (Isaías 52:7). Las personas que tienen una visión de lo eterno no se detienen para preguntarse si la tarea va a ser fácil o difícil. En vez de eso, se plantean el valor final que pueda tener de cara a la eternidad. Saben muy bien en qué merece la pena creer, y de qué merece la pena hablar. ¡Cuán hermosos son sus pies sobre las colinas de tan distintos lugares! Por razón de su integridad – en trabada coherencia entre lo que dicen y lo que practican – sus conversaciones son parte integrante del plan de Dios para ganar al mundo para Sí.

En el próximo capítulo nos ocuparemos de examinar algunos aspectos de interés relacionados con aquellos sobre los que quisiéramos ejercer influencia. Cualquiera que pueda ser el medio y las gentes entre las que se trabaje, la eficacia a la hora de comunicar nuestra buena nueva dependerá, en parte, de ser conscientes del “pozo” en que puede que se encuentren, y de la propia capacidad para expresarse en maneras que puedan comprender. En un principio, puede que sea necesario adaptarse a las formas de ver, y comprender, desde otros “pozos” y según otras “ranas”. Pero, allí dondequiera que podamos estar, el Señor deseará que sigamos su ejemplo, mostrándonos sensibles ante las necesidades ajenas y siendo capaces de conectar con su cosmovisión particular.